**Homilía 30 aniversario AEFC.**

22 de octubre del 2022

Distinguido señor Don Luis Manuel Romero, Secretario de la Comisión Episcopal para los Laicos y la Familia, que nos acompaña en esta concelebración y en los actos de este 30 aniversario, muchas gracias.

Distinguida Presidenta de la Asociación Española de Farmacéuticos Católicos, Marta González Román. Muy querido Presidente Honorífico y Fundador de nuestra Asociación, don José Carlos Areses. Muy queridos amigos todos.

Celebramos 30 años de vida (¡una generación!) de esta Asociación que nació con una esencial vocación de servicio. De servicio a la vida. Y por eso, de servicio a la Iglesia y a la sociedad, de servicio a todos los hombres. Este momento de la celebración de aniversario, quiere ser una gran Eucaristía, una gran Acción de Gracias a Dios nuestro Señor y a su Madre bendita, nuestra Patrona, por los frutos de servicio alcanzados. Y de implorar su protección para el porvenir.

Quiero recordar primero que nada a algunas personas que han sido protagonistas en la vida de nuestra Asociación. La Iglesia es una Madre que conserva el recuerdo de sus hijos, por eso también nosotros queremos hacerlo con quienes nos acompañan ya desde el Cielo. Un recuerdo especial es para María Dolores Jiménez Caballero, fundadora de nuestra Asociación y que trabajó incansablemente por defender la vida, y nos dio a conocer en todos los ámbitos sociales y científicos que pudo. También para el Doctor Piero Uroda, durante tantos años Presidente de la Federación Internacional de Farmacéuticos Católicos, recientemente fallecido y que tanto apreciaba y apoyó nuestra Asociación española. Una mención también llena de admiración al Profesor César Nombela, fallecido casi inesperadamente, que iba a compartir con nosotros esta Jornada y seguro que lo está haciendo desde el Cielo: su papel en la Bioética española ha sido clave durante más de 20 años.

Quizá muchos habéis reparado en que hoy la Iglesia celebra la fiesta de san Juan Pablo II. Es otro motivo de alegría para nosotros. Y casi como una señal amistosa que nos da desde el Cielo: sus vigorosas enseñanzas en favor de la vida impulsaron a Don José Carlos Areses y a otros para poner en marcha la Asociación Española de Farmacéuticos Católicos hace ahora 30 años. ¿Cómo no recordar aquél *"¡no tengáis miedo de abrir de par en par las puertas de la cultura, de la ciencia, del corazón, a Jesucristo!"* con el que el Papa inauguraba su Pontificado? Nuestra Asociación quiere ser un eco de aquel clamor, sembrando a manos llenas, sin miedo, la cultura de la vida desde nuestra profesión farmacéutica.

**.-.-.-.-.-.-.-.-.**

Muchas veces he pensado en el parecido de las medicinas y remedios que usáis para los enfermos, con la semilla que el sembrador echa en el campo. Ambos elementos tienen esa propiedad tan singular de vivificar. Un efecto para dar vida que no es deducible ni del propio tamaño ni de su forma. Ambos empiezan a actuar según su naturaleza propia, independientemente de la atención o interés que ponga el sembrador al sembrar o el farmacéutico al dispensar. Ambos requieren, de todos modos, poseer una especial ciencia y arte para que salga de sus manos con las mejores garantías de que será eficaz y el terreno lo recibirá, de que el organismo lo podrá incorporar benéficamente.

Pensé que de la Parábola del sembrador que recogen los evangelios podríamos sacar una lección para vuestro trabajo como farmacéuticos católicos. Con esa Parábola que Jesús pronunció al inicio de su ministerio nos quiso revelar un aspecto fundamental de Su acción divina ya que comparaba Su misión de Salvador que viene a darnos una Buena Noticia, con la acción de un sembrador.

Nos pueden servir mucho estas lecciones de Jesús para entender nuestra acción evangelizadora desde la profesión farmacéutica. A veces requerirá la confesión neta de nuestra fe cristiana, la profesión de que somos creyentes y sabemos dar un sentido a la vida, también la vida frágil y vulnerable, y un sentido a la muerte. Pero en la mayoría de las ocasiones, el mejor testimonio de la Buena Noticia será nuestra conducta de buenos profesionales y de personas que ven en el paciente "de detrás del mostrador" a alguien querido especialmente por Dios, con quien compartirá un destino eterno en la Casa del Cielo.

Con una simple frase: "salió el sembrador a sembrar...", Jesús nos cambia la mentalidad acerca del papel del cristiano en el mundo. Nuestra tarea es comparable a una siembra. Y la palabra de Dios, de la que el Antiguo Testamento confirmaba su poder inaudito (en la Creación, por ejemplo), en adelante no sería más que una semilla. No hay nada más gris, más profano, más sencillo que sembrar. Difundir el evangelio ya no es una cuestión de poder, o de fuerza para saber eliminar los obstáculos, incluso los más humildes. Jesucristo acepta ser más débil que el dinero o la codicia.

Fijaos ahora en la generosidad con que Él realiza la siembra. ¿Verdad que a nadie se le ocurre echar la semilla en la carretera o entre los espinos? Pues a Jesús, sí. Y nos pide a nosotros que, igual que Él, no nos limitemos a echar la semilla solo en buena tierra. Más aún: nos pide que renunciemos de antemano a saber quiénes serán espinos y quiénes serán buena tierra. Tenemos que sembrar la doctrina del Señor, vivir según el ejemplo del Señor, tratar a todos con esta misma generosidad total que lo hizo Él.

También, en el fondo, nos está diciendo que aceptemos nuestra debilidad, nuestra limitación para transformar un ambiente o un corazón, que aceptemos los fracasos que al hacer el bien podamos encontrar. Jesús, en su Parábola, aceptó que el pájaro devorase la semilla, que el sol la agostase, que las espinas la asfixiaran... Es caer en la cuenta de que cuando habláis de vuestra fe desde vuestro lugar como farmacéuticos, o cuando os comportáis como imitadores de Jesús, el éxito no está ni mucho menos garantizado. Porque esa palabra no es "mágica", ese ejemplo vuestro no tiene efecto "mágico". Habrá gente que no lo aceptará o que no lo entenderá.

La cosa impresionante que nos dice Jesús es que no nos debemos preocupar: que no nos toca a nosotros "convencer" sobre Jesús (imponer nuestros principios de bioética, el mensaje moral cristiano): sino anunciarlo, sembrarlo. Pero eso si: en esa labor de siembra, en el modo en que nos preparamos para ser sembradores, y en el modo que realizamos la siembra ahí sí hemos de poner todo nuestro cuidado. Por eso la formación es esencial: saber entender los por qué, saber explicarlos; saber qué esta bien y qué está mal, y por qué: sin ampliar o reducir arbitrariamente (muchas veces, por ignorancia) las áreas de la moralidad o del mensaje cristiano.

La parábola del sembrador pronunciada por Jesús tiene dos partes. En la primera, que hemos considerado, nos muestra el Señor que si bien es cierto que la semilla (su mensaje; el mensaje de cristianos que difundís desde vuestra profesión) es muy débil (en el momento de la siembra), en la segunda parte de la parábola nos muestra que en cambio la semilla es extraordinariamente fuerte en el momento de la germinación. Después de decirnos que la acogida del mensaje moral cristiano está a merced de la libertad de cada uno, y que de nuestra parte se nos pide el empeño por ser sembradores de calidad, ahora nos muestra que el fruto no depende de nuestras obras y que, por eso mismo, no hemos de preocuparnos por él.

Todos en la Iglesia anunciamos la palabra de Jesús, echamos su semilla. Pero una vez que esta semilla ha sido arrojada, ya no nos pertenece. Fijaos cómo lo dice Jesús, con un punto de humorismo incluso: *"...y les decía: el reino de Dios es como un hombre que echa la semilla en la tierra; y tanto si duerme o se queda en vela, ya sea de noche o de día, la semilla brota y crece; ¿cómo?, ¡pues no lo sabe ni él!"*.

Nuestra preocupación y atención ha de estar puesta en el sembrar. Pero nunca, nos dice Jesús, hemos de estar preocupados por germinar, por los frutos. No es que haya que ignorar los problemas, porque un buen jardinero no puede permanecer indiferente ante un jardín estéril. Pero lo prioritario es sembrar. No son nuestras noches sin dormir, nuestras angustias, nuestras obras, las que harán germinar la semilla. Nunca podremos entender por qué esa semilla que se suponía que iba a brotar, no brotó. Y esa otra semilla que allí no podría brotar, dio un fruto maravilloso. Y no podemos entenderlo, nos dice Jesús, porque no nos concierne: el poder es de la semilla, no nuestro.

Esta es la lección para nosotros que podemos sacar de las enseñanzas de Jesús, para nuestra Asociación, pensando en el porvenir. De un lado, no olvidar que la semilla no puede arrojarse por sí misma: hemos de sembrar a manos llenas, con generosidad, sea terreno bueno o dudosamente apto; hemos de sembrar con estilo y con una gran preparación, hemos de ahogar el mal en abundancia de bien. Porque la semilla no puede arrojarse por sí misma. Pero de otro lado, no olvidarnos de que sin nosotros, automáticamente y de sí misma, por su misma fuerza, la semilla sembrada llegará, cuando Dios quiera, como Dios quiera, a germinar y a brotar.

Termino ya. Y quiero hacerlo poniéndonos bajo el amparo de la Virgen. Con los versos de un antiguo Romance dedicado a vuestra Patrona:

De la farmacia del Cielo / el Boticario Mayor

Preparaba una receta / con la que siempre soñó.

(...)

En su libro Recetario / la fórmula registró

Inmaculada, primero / y, a seguido, Concepción

y a sus hijos boticarios / Madre y Patrona les dio.